

# Opinión

## Chile post-sacrificial

**E**L ANTROPOLOGO francés René Girard explica en sus libros -de manera convincente- que todo orden primitivo estaba fundado sobre sacrificios humanos, que una vez mitificados, instituían lo sagrado que daba legitimidad al orden. También explica que a lo largo de los siglos cada vez que una crisis política afectaba a una comunidad, la sacralidad del orden era recuperada mediante nuevos sacrificios. Esto, hasta que la eficacia del mecanismo comienza a ser erosionada por el cristianismo y la secularización, lo que vuelve cada vez más violentas las crisis políticas, pues cuesta cada vez más atajarlas.

Un ejemplo de este tipo de crisis es la historia chilena entre los años 60 y los 70 del siglo XX, donde todas las instituciones van siendo arrasadas por un conflicto declarado entre dos grandes bandos. Esto termina con una aniquilación de casi todos los elementos identitarios nacionales por ser apropiados por un bando u otro, y finalmente, en una lucha por reinterpretar sacrificialmente la historia del país para hacerla comenzar o bien con Pinochet o bien con Allende -o con los asesinados y torturados por la dictadura- como héroes culturales sacrificados por la Patria. Es por esto que muchos crecimos con la sensación de que Chile era un país con menos de medio siglo de antigüedad, donde sólo se permitían dos modos de pensar mutuamente excluyentes.

Esta disputa simbólica fue ganada por la Concertación. Durante 20 años sus gobiernos utilizaron todo el aparato simbólico y cultural disponible para no dejar dudas respecto a que ellos gobernaban en nombre de las víctimas y que la derecha era inmoral y representaba a los víctima-

**Pablo Ortúzar**  
Antropólogo social



rios. Apelar a los torturados y los desaparecidos era también aquello que les permitía obligar a la izquierda más dura a cerrar filas: “no se equivoque compañero, recuerde quién es el enemigo”, o bien, “yo también luché contra la dictadura”. Este recurso fue usado y abusado. Así, nuestra identidad nacional fue refundada desde el relato de las víctimas de la dictadura. El Museo de la Memoria, el cierre del Penal Cordillera por un Presidente de derecha opositor a Pinochet y el recambio generacional son el punto final de este proceso.

**La pregunta es si buscaremos devolverle la sacralidad al orden, o si aprenderemos a convivir de manera razonable en un mundo pluralista.**

La Concertación gana, pero en el camino acepta y legítima, por pragmatismo, muchas de las reformas de la dictadura. El efecto es que hoy ya casi nadie ve a Pinochet como héroe, pero también ya casi nadie evalúa las instituciones en base a si fueron implementadas o no

por su régimen. Así, el fin de esta disputa termina por volverla irrelevante. La tensión política desaparece y la eficacia simbólica también. Apelar a las víctimas de la dictadura ya no ordena las filas dentro de la izquierda como antes. Tampoco la valoración del “gobierno militar” es ya un factor de unidad dentro de las nuevas generaciones de la derecha. El orden, por lo tanto, ha perdido su fundamento sacrificial. Vivimos fuera de lo sagrado. Y la pregunta es si buscaremos nuevos sacrificios para devolverle la sacralidad al orden, o si aprenderemos a convivir de manera razonable en un mundo pluralista de derechos y deberes compartidos.

## Reformas y trauma político

**U**NA ASIGNATURA pendiente para aquellas fuerzas políticas que creen que el país necesita cambios estructurales es no limitarse a tratar de

validar su programa en cada elección, sino definir un nuevo modelo de relación entre reformas y sociedad.

En los años 60, y a comienzos de los 70, se llevaron adelante reformas en el contexto de una sociedad altamente organizada, movilizadora y polarizada; posteriormente la ilegalización y la represión de los actores sociales fue el brutal complemento de las reformas refundacionales de la dictadura. Post 90, la política oficial fue la inhibición y desmovilización de lo social, acompañada de una fuerte aversión al conflicto.

Desde los 90 hasta hoy, lo social y lo político han estado cruzados por el signo: no sólo de la desconfianza sino también del trauma. La sociedad movilizadora y el actor popular como sujeto de las transformaciones de los 60 y 70 tuvieron como desenlace trágico el golpe militar. La represión política que sobrevino creó, en importantes sectores sociales y políticos, de centro e izquierda, un miedo a volver a imaginar e impulsar una sociedad movilizadora y protagónica, asociando a ello la posibilidad de una “repetición” de los hechos traumáticos. “Pareciera que el temor a las desgracias en que desembocaron nuestros sueños nos censura los deseos”, advirtió en una oportunidad Lechner.

No es extraño, por tanto, que todo lo que suceda hoy en el plano de la relación entre política y movimiento social -particularmente para las generaciones mayores, aunque a veces los traumas y no los aprendizajes son los que se heredan- se viva en códigos de ese pasado

**Se requiere construir un nuevo modelo de relación entre lo social y lo político, lo que parece difícil sin antes exorcizar el trauma del pasado.**

**Ernesto Aguila**  
Analista político



traumático. Una característica del trauma es que los hechos que lo originan están en permanente actualización, conformando un pasado presente que nunca pasa. Los camiones serán siempre los del año 72 y ante la posibilidad de pensar cambios estructurales habrá siempre alguien dispuesto a recordar que eso es “jugar con fuego”.

Un sucedáneo de esta relación entre política y una sociedad protagonista fue durante estos años el tratamiento de lo social como una “audiencia”. La fragilidad de este diseño ha quedado a la vista:

los ciudadanos han deco-dificado buena parte del lenguaje publicitario llevado a la política, volviéndolo, así, cada vez menos efectivo; y se ha construido un tipo de política que los transforma en espectadores pasivos. La imagen de esos jóvenes que en tiempos de elecciones agitan, por las mañanas en las esquinas, unas banderas que no son las suyas a cambio de un pago, quizás sea una buena expresión melancólica de una política sin sociedad ni partidarios.

Es difícil imaginar en el futuro un camino de cambios importantes con una sociedad desmovilizada. Para ello se requiere pensar y construir un nuevo modelo histórico de relación entre lo social y lo político, lo que parece difícil sin antes exorcizar el trauma, elaborar el miedo y volver a pensar(se) sin ese temor irracional a la “repetición”. O sea, sanar la memoria traumatizada que nos ha dejado nuestra historia.

### ESPACIOABIERTO

## Codelco ante el bajo precio del cobre

**Gustavo Lagos**

Académico U. Católica de Chile



LA CAIDA del precio del cobre en los últimos dos meses coloca a Codelco en un delicado trance, ya que si el precio se mantiene en los niveles actuales, la empresa no aportará excedentes significativos al Estado, marcando un quiebre histórico en tal sentido.

Desde que comenzó la crisis asiática -hace 18 años- que la industria del cobre no enfrentaba un ciclo de bajos precios, y sus consecuencias están olvidadas. Los efectos en el país son la depreciación del peso, el deterioro de los términos de intercambio y de la balanza comercial, menor crecimiento económico, aumento de la deuda externa y del déficit fiscal, aumento del desempleo, elevación de la inflación, etc.

En las empresas los ciclos bajos significan menor rentabilidad, a veces pérdidas, y son enfrentados con reducción de costos, menor exploración e inversión, cierre de operaciones de alto costo, y modificación de los planes de explotación, favoreciendo áreas de mayores leyes de mineral. En la crisis asiática hubo énfasis en la protección del empleo, con reduc-

ciones salariales o de las jornadas de trabajo, fin de los bonos de término de conflicto y su reemplazo por bonos de productividad. La etapa que comienza debería ser similar.

Codelco aplicó estas políticas en la crisis asiática con el apoyo irrestricto de sus trabajadores, y si bien salió fortalecida de ella, perdió competitividad desde entonces debido al retraso de sus inversiones estructurales, lo que principalmente fue producto de la casi total falta de reinversión por parte del dueño, motivado por el uso de los excedentes en fines sociales mientras las ganancias extra de Codelco y de otras mineras durante el superciclo se traspasó a los Fondos Soberanos.

Recién en 2014 el gobierno accedió reinvertir adecuadamente en Codelco, pero ya era tarde y la empresa enfrentaría años de bastante menor producción que la actual -al menos hasta 2020-, lo que puede deteriorar su situación y fuerza a una vigilancia redoblada para asegurar que podrá enfrentar sus compromisos económicos.

A ello hay que añadir la incertidumbre

sobre el futuro del precio del cobre, el que podría seguir bajando desde aproximadamente el 90% de los costos operacionales globales en que se sitúa ahora. El futuro del precio del cobre depende de la demanda, es decir, fundamentalmente del éxito que tenga China en el manejo de su economía, la que transita el mismo proceso que originó la crisis asiática y la recesión en Japón a comienzos de los 70.

En cualquier circunstancia, las acciones y demandas de los contratistas impulsadas por su Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), bloqueando violentamente la producción en varias faenas y con vandalismo en las instalaciones de la División Salvador son inaceptables. Codelco no está en condiciones de entregar bonos de término de conflicto a sus trabajadores y contratistas.

Por ello las declaraciones del Presidente ejecutivo de Codelco, respaldadas por su directorio, sobre el inicio de una economía de guerra, recortando costos hasta “el hueso” y reduciendo el ritmo de avance de las inversiones estructurales son acertadas y hay que apoyarlas.